

el alma respirar á pulmones plenos el aire liberal, por ser el único en que se encuentran los gérmenes de la democracia y el civismo.

Aferrarse al presente, significa la pérdida de toda iniciativa, de todo progreso. De ese modo estaríamos condenados á no evolucionar, á permanecer estacionados, con formándonos, cuando el hastío se apoderara de nosotros, con sacar del cofre de nuestra Historia todá una serie de tradiciones empolvadas, como el chiquillo que pasa revista á sus estropeados juguetes.

Debemos fijar la vista en el porvenir, y para ello, estudiar nuestro actual estado político. Debemos calcular las consecuencias que traería la muerte del actual Presidente, estando distraída la atención pública con las engañifas de la prensa venal.

La atención pública distraída por las declamaciones de las hojas semioficiales, podría permanecer siempre en ese estado altamente perjudicial, y en caso de muerte del Gral. Díaz, los ciudadanos que no habían dado crédito á la gravedad del mal, se encontrarían llenos de estupor ante el problema político que de improviso surgió por la falta del hombre de Estado.

Entonces, toda una nube de ambiciosos codiciarían el alto puesto vacante y la Patria sangraría, y todos los que nos preciamos de patriotas debemos évitár tan lamentable miseria, que ocurrirá desgraciadamente si antes no nos ponemos de acuerdo para contrarrestarla.

Por esa razón no consideramos antipatriótica la labor que tiende á decir, sin embozos, la verdad de nuestra situación. Antipatriótica es la conducta de los escritores sin conciencia, que tratan de engañar al pueblo, persiguiendo, no el bienestar de la Patria, sino el bienestar personalista alimentado de la desgracia nacional.

Pero hay más. Aunque el Gral. Díaz estuviera fuerte y lleno de salud, siempre debemos fijar nuestra vista en el porvenir, tratando de unificar la opinión para que en caso de ún desastre, contemos de antemano con una personalidad que satisfaciendo las necesidades nacionales, pueda trabajar por el progreso de la República.

Si no contamos con esa personalidad, que no será por cierto ningún militar ni ningún funcionario de la política militante, por las razones que dimos en nuestro número anterior, sino un hombre independiente, de ideas avanzadas y firme voluntad, no de esos que consultan con el Presidente si aceptan ó no la candidatura, porque estamos hastiados de cobardes; si no contamos con esa personalidad, nos veremos reducidos á la ínfima condición de esclavos al asaltar el Poder cualquier militar ambicioso, porque es bien sabido que el militar y el fraile se unen para minar las instituciones y arrebatar la libertad de los ciudadanos, despojándolos de su dignidad de hombres.

Debemos estar prevenidos, con tanta más razón cuanto que, el Gral. Díaz, á fin de conseguir su perpetuidad en el Poder, no se ha preocupado por la instrucción cívica del pueblo, y de ese modo hemos vivido más de veinte años sujetos á su sola voluntad. Nadie ha querido ejercitar el civismo, porque amedrentados los ciudadanos con las opresoras prácticas del elemento oficial, que ha dado en considerar sedicioso y levantisco á todo el que ejerce la más noble de las funciones democráticas, la de las elecciones de funcionarios públicos, porque los gobernantes impopulares tienen horror á las energías democráticas en razón de peligrar una estabilidad sostenida á fuerza de artificios y reprochables combinaciones políticas.

El pueblo, pues, ha llegado á olvidar las prácticas únicas que hacen fuertes á las naciones.

Las persecuciones á los ciudadanos, la sofocación de la libertad del pensamiento por medio de atentados contra la libertad de imprenta; la prohibición de públicas manifestaciones populares (de carácter pacífico); las maquinaciones empleadas para violar la libertad de reunión, etc. etc. han hecho que se cobre horror á los asuntos palpitantes y se permita que ellos solo sean tratados por los periódicos ministeriales y en las sordas confabulaciones que originan las consignas y las órdenes del Poder.

Pero nuestro deber, á trueque de reci